

zo, el fusil que debía herirlo. Los soldados, voluntariamente ó por mandato del que los conducía, prescindieron de llevar á cabo su primer intento, mas no de golpear á aquél con los cañones y culatas de los fusiles, dirigiendo los golpes particularmente á la cabeza, de la que brotó la sangre por varias heridas. Después de tal acción, vilmente ordenada por algún oculto vengador y cobardemente ejecutada por un grupo de soldados, con una saña inconsciente, el desventurado ex ministro, en un estado calamitoso fué llevado á la Ciudadela, de la que debía ser conducido al día siguiente al camino de Puebla, á lo que parecía con la maligna intención de aplicarle la ley fuga.

Tranquilo con mi familia me hallaba de visita aquella noche en la casa del cónsul de los Países Bajos, cuando se presentó de improviso, angustiada y llorosa, la bella consorte del ex ministro, y casi de rodillas y dirigiéndose al cónsul, exclamó:

—¡Salve usted á mi marido!—y prosiguió refiriendo los pormenores del lance.

Si tuviese que explicarte con todos sus detalles, lector mío, los incidentes de esta historia, la haría difusa, y para no desagradarte, relataré lo que de ella falta á grandes rasgos.

El cónsul, compadre de la señora, manifestó que á nadie conocía y que sus gestiones serían infructuosas, y yo, entonces, de puro compasivo, ofrecí mi débil apoyo, sin esperar otra ayuda que la que Dios quisiera depararme. Fuí con el cónsul á Palacio y quiso mi buena suerte que al subir las escaleras encontrase á mi antiguo amigo el General Don José Justo Alvarez, á quien desde luego expuse mi pretensión y le pedí su ayuda. Recomendado por él al oficial Calvillo, ayudante del General González Ortega, pude penetrar en el departamento en que éste se hallaba muy afanado en el despacho de su correspondencia y del oficio en que participaba al Gobierno, residente en Veracruz, la ocupación de la Capital.

Ya en presencia del General agoté todos los recursos de mi pobre fecundía y para congraciarme con él, cándidamente le recordé el abrazo con que, al medio día, me había favorecido. Debíle caer en gracia, pues á pesar de su ocupación grave del momento, y del espinoso asunto de que se trataba, con referencia á un individuo que mucho había perjudicado

al partido liberal, accedió á mi solicitud, exigiéndome, como única condición, el otorgamiento de una fianza por persona competente que se obligase á presentar al reo cuando se le ordenase. Propuse para esa garantía al cónsul de los Países Bajos, allí presente, y habiendo sido aceptado extendiéronse en el acto dicha obligación y la orden que yo deseaba.

Ufanos, ya con ésta, montamos en un coche y partimos para la Ciudadela, deteniéndonos únicamente el tiempo preciso en la casa número 2 de la calle del Tercer Orden de San Agustín, en solicitud del Doctor Garrone, cuyos auxilios eran tan necesarios en aquella ocasión. Obligámonle á levantarse de la cama, y ya en compañía suya continuamos nuestro camino para el vetusto edificio, cuna de tantas revoluciones.

Sería la media noche cuando atravesábamos el solitario paseo de Bucareli, en los momentos en que entraban algunos grupos de guerrilleros, de blusas rojas, lanzando *vivas* y *mueras*, circunstancia que no dejó de infundirnos serios temores. Llegamos á la Ciudadela y presentamos al Comandante Condelle la orden escrita del General, la que sólo en parte fué acatada, manifestando aquél que estrechas órdenes particulares no le permitían entregar al reo, pero que sí podíamos pasar con el Doctor para atender á su curación.

En medio de un sótano húmedo y de paredes destartadas, débilmente alumbrado por la luz de un farol, distinguimos, acercándonos bastante, reclinado en una silla, á un hombre de recia complexión, trigüeño de color, barbispeso, con la cabeza vendada y mostrando en el rostro coágulos de sangre.

Al vernos, nos saludó y dirigiéndose al cónsul, dijo:

—Bien venido, compadre. Es usted mi salvador.

—No, quien es el que salva á usted, en esta ocasión, es el joven aquí presente, contestó el cónsul señalándome.

Dióme el ex ministro las gracias, y como no había tiempo que perder, procedió el Doctor Garrone á ejercer su noble profesión, separando con no poco trabajo las vendas pegadas á las carnes y al pelo del paciente, á lavar las heridas, á curarlas y á cubrir éstas con un

nuevo vendaje. Entonces insistimos en llevarnos al herido, y el Comandante, que tal vez desconfiaba de la autenticidad de la orden, se sostuvo en su repulsa, incidente por el cual me ví obligado á volver al Palacio para poner en conocimiento del General la actitud del Comandante, y á poco regresé á la prisión acompañado del ayudante Calvillo, con una orden terminante y las amenazas consiguientes contra el insubordinado oficial.

A poco salimos con el herido y lo conducimos á la casa del cónsul, donde lo esperaba su esposa deshecha en lágrimas, como á mí también me esperaba mi pobre familia, á la que mis sentimientos compasivos la habían tenido en un continuo sobresalto durante cuatro horas de tan temida noche.

El epilogo de esta historia demuestra mi proposición: la intransigencia y encono que caracterizaba á los políticos.

Un mes después del acontecimiento referido pasaba yo por una calle céntrica de la ciu-

dad y descubrí en el balcón de una casa de gran aspecto, á un señor y una señora. El, de recia complexión, trigüeño de color, barbispeso, mas con el rostro ya limpio y en orden el cabello, y ella una dama de hermoso rostro, pero entonces sin expresión alguna de dolor. Al reconocerlos, los saludé quitándome el sombrero, mas ellos no me volvieron el saludo y dirigieron á otra parte sus miradas.

Contele al cónsul el lance, y él, dudando de tan extraña conducta, quiso cerciorarse por sí mismo del proceder de sus compadres, y tuvo á poco con ellos una entrevista.

La contestación que dió la hermosa dama á la explicación pedida fué muy original y digna, lector querido, de que la traslade, con sus incorrecciones gramaticales, tal cual fué pronunciada, y quedó indeleblemente grabada en mi memoria:

—¡Sí, compadre, dijo la señora, negamos el saludo porque éste (éste era yo), cuando pudo salvar á mi marido, es porque es de éstos!



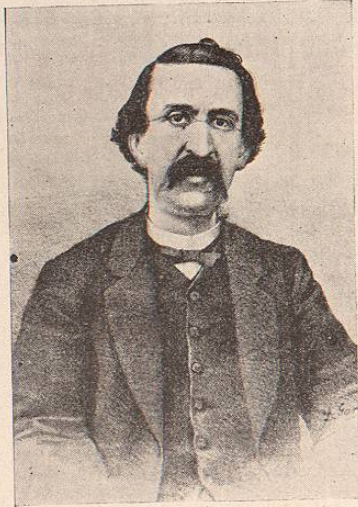
## X

## EL PERIODISMO.

SI el gran invento de Guttemberg ha sido el más poderoso agente de la civilización de los pueblos, también debemos convenir en que ha prestado su valioso poder, por el mal empleo que de él han hecho los hombres, para avivar los resentimientos y recrudecer las pasiones, por que, desengañate lector mío, los hombres siempre son los mismos

para echar á perder aún las mejores instituciones. Durante nuestras contiendas civiles, particularmente en la época de las acaloradas discusiones que prepararon la Constitución de 1857, y en la no menos funesta llamada de tres años ó de la Reforma, la Prensa traspasó los límites de lo justo y de lo conveniente. Ella fué, por uno y otro bando político, la ins-

tigadora de los desmanes cometidos, porque en vez de presentarse con el noble carácter de conciliadora, sólo trató, por medio del insulto y de la diatriba, de alimentar los odios políticos. Sin embargo, periodistas hubo que no descendieron de su elevado solio y que, á pe-



DON FRANCISCO ZARCO.

sar del alto grado de exaltación á que habían llegado los ánimos, defendían con decoro las ideas de sus partidos. Tales escritores se presentan en nuestra historia como los tipos del verdadero periodista: Francisco Zarco y Manuel Payno del partido liberal; Ignacio Aguilar y Marocho y José María Roa Bárcena, del conservador, y el español Anselmo de la Portilla que tanto se distinguió por su talento, mesura y espíritu de conciliación. El periodismo en México, con honrosas excepciones, no se ha detenido en la peligrosa pendiente que adoptó desde los años inmediatos á la consumación de la independencía, y más bien ha propendido á continuar por aquélla con mayor ímpetu, y por tal motivo quiero abandonar, por el momento, los hechos referentes á otras épocas y fijarme en la presente, á fin de que al señalar los vicios y defectos de que, en mi humilde concepto, adolece el periodismo, pueda producir algún resultado este pobre artículo. Así por lo menos lo deseo y te suplico, caro lector, no des torcida interpretación á mis consejos y ten en cuenta sólo mis sanas intenciones.

Los periodistas, según he podido observar se dividen en tres clases, formadas de la ma-

nera siguiente: la 1ª, por los que á causa de su instrucción y prudencia merecen tal nombre, y son los que, con justa razón constituyen lo que se ha dado en llamar el cuarto poder; la 2ª, por los instruidos, pero faltos de prudencia que son los que con mayor facilidad comprometen las causas que defienden; y 3ª, por los ignorantes é imprudentes ó sean los más temibles. Los primeros se distinguen, particularmente, por su habilidad al atacar un vicio pues saben presentar con arte, el tipo general característico de éste y no el individual, y los segundos, por el contrario, en que descubren, con refinada malicia, ante la sociedad al individuo y no el tipo general, acción fea de tales periodistas que se convierten en denunciadores, si no ante la autoridad judicial, sí ante el tribunal severo de la opinión pública, dando pábulo, tan sólo, á la malignidad de la sociedad que gusta y se alimenta, en general, del escándalo y, por último, los terceros, en que á su ignorancia añaden el atrevimiento, razón por la cual, los he calificado entre los más dañinos.

En Francia, en los Estados Unidos y en todo el mundo en que la Prensa constituye el



DON MANUEL PAYNO.

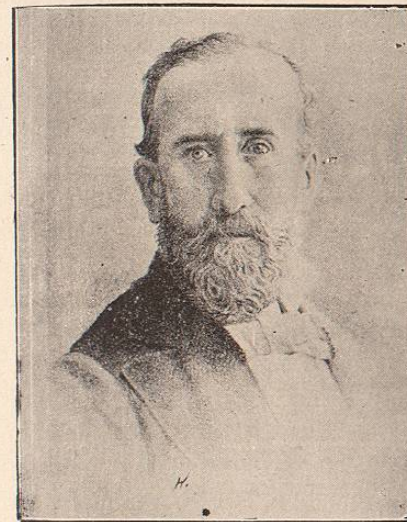
cuarto poder, el periodismo cuenta hoy con el poderoso auxilio de los *reportazgos*. Reporteros hay, enténdelo bien, querido lector, que constituyen una calamidad, como que son los espías, no sólo del gran mundo, sino también de las gentes de mediana y baja esfera. Como

el Tenorio de Zorrilla, ellos á las cabañas descienden y suben á los palacios, y si no escalan los claustros, es porque ya no los hay, por lo menos en nuestra tierra, mas se cuelan en



DON IGNACIO AGUILAR Y MAROCHO.

todas las habitaciones como el viento por ventana abierta, ó como un dolor de costado, cosa en que aventajan, con mucho, al robador de Doña Inés. Ni los ardores del sol los quema ni el frío glacial de las noches los entumece,



DON JOSE MARIA ROA BARCENA.

ni se preocupan con que el prójimo esté despierto ó dormido, pues seguros están de echarle el guante, cuando más descuidado esté, y en fin, ni adustos porteros de las casas ricas

los detiene, ni los gruñones canes coyotos de las chozas les estorba.

Ya dentro de los palacios ó cabañas, sujetan á los moradores al tormento inquisitorial de las preguntas, dándose tal arte y tal maña que les hacen decir todo lo que no quisieran, ó bien lo que ellos quieren que digan, práctica que produce, amabilísimo lector, sus resultados lógicos, cuales son: convertir en mito la inviolabilidad de los secretos y dar pasto á los falsos testimonios.

Un buen *reportero* no se conforma con generalidades, pues es amiguísimo de los detalles, tanto que para ingeniero topógrafo valdría lo que pesa, razón por la cual, si desgraciadamente (en los Estados Unidos se entiende) caes



DON ANSELMO DE LA PORTILLA.

bajo el poder de uno de esos inquisidores de vidas ajenas, que más te valiera no haber nacido, recíbelo bien preparado y haz lo que yo hice, no me acuerdo en qué país, ni en qué ocasión. Toma una bocanada de agua en la boca y dale á entender, por señas, que te aqueja un feroz dolor de muelas, y si aun así te importuna haz un esfuerzo para mantener el líquido en la boca, pues si lo arrojas eres hombre al agua, contéstale con un *hum*... Si este consejo sigues, te escaparás de lo principal, mas no de lo accesorio, pues al día siguiente verán tus ojos en las columnas del ilustrado periódico, noticias como esta: "A Fulano ha

declarádose un terrible cáncer en la lengua, y según todas las probabilidades y opinion de los facultativos, habrá necesidad de cortarla. Hacemos votos, etc."—Otro párrafo de gacetilla al día siguiente, como consecuencia de la justa reclamación del interesado, aparece diciendo: "Mejor informados, podemos asegurar que la lengua del ínclito orador Fulano no ha sufrido desperfecto alguno. ¡Nos alegramos!"

Desde el día en que apareció en el periódico el malhadado párrafo, tienes que enseñar la lengua á todos los que encuentras en la calle para que no huyan de tí por considerar tu enfermedad contagiosa, y no cesas al mismo tiempo, de recibir cartas de tus parientes y amigos ausentes á quienes, con razón, asustó la noticia. Y no es esto todo, pues siguen los detalles. En el mismo periódico leerás: que en el corredor de tu casa había un perico que cantaba el alabado; que en el brocal de la fuente estaba una regadera de hoja de lata aboyada; que en un rincón del patio yacía recostada una escoba de popotes atada con hilo de cohetero; que al pavo real, si pavo real tienes, le faltaban tres plumas de la cola; que la farola del zaguán tenía dos vidrios rotos, y por último, que la gran puerta carecía de pestillo.

Adivino, caro lector, la idea que bulle en tu mente, y te dispone á preguntarme:—¿De qué sirve entonces el buche de agua en la boca?—De mucho, te contesto yo, porque si á todas las preguntas respondieses, te verías comprometido sin saber cómo ni cuándo con la justicia, que es muy quisquillosa y suele mandar á mudar temperamento, á cierto edificio, antes hermoso edén de lindas colegialas y hoy espantoso infierno de facinerosos; ó por lo menos te predisponen para un lance de honor.

A pesar de la pintura que te he hecho, mi buen lector, apruebo el sistema de los *reportazgos* y de los *reporters*, que tiende á dar mayor interés á un periódico, enriqueciéndolo con noticias, y más cuando me consta que hay *reporteros* que son prudentes y no traspasan los límites de lo justo, razón por la cual mis advertencias tocan á los que abusan en el desempeño de su encargo.

De dos frases sacramentales abusa hoy el periodismo: de un *se dice* con que suele quitar-

se la honra, y de un *mejor informados* con que se pretende las más veces reparar lo irreparable, es decir, de soldar un roto cristal.—Este mal proviene de la facilidad con que el periodista (entiéndase bien, hablo en general) acoge, para llenar su gacetilla y causar sensación, la primer noticia que recibe, venga de donde viniere.

Quien quiera hacerse un periodista temible, aunque no apreciado, que meta mucho ruido aunque no convenza, le bastará con formar un arsenal de palabrotas ofensivas y frases altisonantes, á fin de estamparlas siempre que se presente la ocasión, en los artículos de cualquier color político que sean. Así pues, el periodista será un buen liberal si lanza en su periódico frases como éstas: *le clericalisme; voilà l'ennemi* (plagio neto, pero no importa si con él se ofende á los del bando contrario), "la inmunda baba del reptil," "la hidra de la reacción," "la ignorancia y el retroceso del fanatismo," mucha Inquisición con su correspondiente calificativo de tenebrosa y, por último, que despreciativamente, ¡inconsecuencia sin igual llame *mujeres*, á jóvenes, dedicadas á la oración y, al mismo tiempo, á las que ejercitan el arte del Chichlanero Montes las mencione con el nombre de las *Señoritas toreras*; así como para ser excelente periodista conservador, debe atacar á sus enemigos haciendo uso de las siguientes palabras: descamisados (aunque estén más vestidos que el que escribe), y otras despreciativas como liberalescos, bandidos, demagogos y chinacos.

Mas no basta para ser temible con lo asentado, pues es preciso además dar entrada en las páginas del periódico á las ruines pasiones que se agitan en el seno de la sociedad. Que los celos y la envidia tengan en el periódico, mediante una simple recomendación, su apoyo y el más poderoso baluarte para dirigir desde él y, muchas veces á mansalva, sus ataques por medio de los cuales se comprometa el crédito de una casa de comercio, la buena fama de un literato y la honra de los ciudadanos. Verdad es que de esto la principal culpable es la sociedad que imparte su más amplia protección al periódico que mayormente abusa de ese vicio. Y no importa que una injustificable acusación lanzada desde las columnas de un periódico comprometa á su vez á éste, pues debe tener-

se preparada la retirada con otra frase de estampilla como es la de *haberse deslizado la tal acusación* en las columnas del diario sin saber cómo ni cuando, tal vez por arte diabólico, supuesto que ni al Director del mismo periódico, ni el regente, ni el corrector, ni á ningún empleado, les fué dado advertir el párrafo que compromete tal vez la honra de una familia.

Sólo á la falta de atención y de cuidado pueden atribuirse tales deslices, permitiéndome asegurar esto que digo los mismos hechos, de los cuales es oportuno referir uno muy curioso que recuerdo. Allá, por los años de la famosa guerra de Reforma, hallábame cierto día en el Café de la Concordia, en compañía de mi amigo Pancho Schiafino, saboreando los famosos mantecados que en aquel establecimiento se hacían, cuando se dirigió á nosotros un antiguo periodista, y nos preguntó:

—¿Tienen ustedes alguna noticia de sensación que comunicarme?

—Sí, contestó el ingenioso Schiafino.

—Pues voy á proporcionarme con el cantinero una hoja de papel, repuso el periodista alejándose inmediatamente.

Entretanto, díjome Schiafino:

—Escriba usted que Degollado ha derrotado por completo á Miramón en Salamanca, y yo escribiré la noticia contraria: que los fuerzas de Miramón han deshecho á las de Degollado en Irapuato.

—¿Cómo es posible, le interpele yo, que no observe la contradicción de las noticias?

—Porque no las lee; usted verá cómo procede violentamente á doblar los papeles y á guardárselos en la faltriquera sin dirigirles una mirada. Al llegar á la imprenta dará, según su costumbre, nuestros papeles á dos cajistas distintos y mañana ambas noticias aparecerán en las columnas del periódico.

Y así fué el caso, tanto que puros y conservadores andaban por las calles azorados dando crédito cada cual á la noticia que más cuadraba á los intereses de su partido, y dos días después en varios periódicos preguntábase al aludido: ¿cuál de las dos noticias era la verdadera?

El tiempo fué el que se encargó de contestar que ninguna.

Epoas ha habido en que la Prensa ha servido para innobles granjerías y basta para probar la aserción con citar las célebres *Memorias de Paulina* y otros libelos, pasto de grandes escándalos en la sociedad y origen de algunos perjuicios por ésta misma resentidos. Este pernicioso mal no es de origen mexicano, sino importado del extranjero; mas en este caso, como en otros, la imitación ha sobrepujado á los originales, pudiendo decirse lo que de las sucesivas ediciones de una obra cualquiera, *revisada, corregida y aumentada*.

La vida privada es inviolable y sagrada, tanto por las leyes civiles como por las religiosas y, sin embargo, periodistas hay que se creen autorizados para descubrirla á la faz del mundo, sin prever que pueden causar la ruina ó destruir la paz y felicidad de familias enteras.

De otra costumbre muy generalizada voy á tratar, pero antes ruego á los que la siguen, no tomen á mal mis conceptos. Apártense los escritores del camino engañoso que se sigue para ilustrar al pueblo, pues según la condición en que éste vive, no se le educa ni civiliza con relaciones de hechos criminosos é inmorales, con los que está connaturalizado, sino infundiendo en él, por medio de sanos y provechosos ejemplos de la historia, según se procede con los párvulos en la escuela moderna, sentimientos de honradez, de lealtad, de civismo, de amor al trabajo, de patriotismo y de cuantos puedan contribuir á formar verdaderos ciudadanos, que tales deben ser los individuos, no sólo por concesión de la ley sino por sus virtudes públicas y privadas, cualidades de que desgraciadamente carece, en general, el pueblo.

Más te pudiera decir, carísimo lector, pero creo prudente detenerme en la resbaladiza pendiente en que penetré, arrostrando en verdad grandes peligros, aunque guiado por mi buena intención, y además, por no ser necesario citar otros defectos, que no pueden escaparse á tu prudente discreción, citando como he citado, los más culminantes y así por ahora me despido de tí.